



el que Ledesma Gámez subraya la condición de Osuna de virrey pendiente de sus cometidos, pero de señor ausente de sus estados, lo cual tuvo sus consecuencias. Linde se ocupa de la documentación existente en general sobre la Casa; del fondo Osuna del Archivo Histórico Nacional se ocupa Tobar. Solo estos tres textos, de treinta y seis que completan el volumen, alcanzan las 122 páginas, prueba de la magnitud del volumen.

El segundo bloque se forma con cinco aportaciones sobre Osuna como virrey, tanto en Sicilia como en Nápoles. Bunes trata de la amenaza turca con respecto a Sicilia y cómo actúa don Pedro. Giuffrè se centra en aspectos arquitectónicos de la ciudad de Palermo en su época de virrey. Kumrular ofrece una visión más amplia sobre el Turco pues contempla la realidad otomana en el conjunto mediterráneo. Giovanni Muto coteja y analiza los dos estilos de gobierno que ejercieron Lemos y Osuna en aquella época del tercer Felipe, aproximación especialmente interesante pues le antecedió Lemos en el virreinato napolitano y además ha sido objeto de reciente y minuciosa atención historiográfica, entre la que cabe destacar el libro de Isabel Enciso, *Nobleza, Poder y Mecenas en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos* [Madrid, 2007]. Prueba de la relevancia de Osuna como virrey es que en Sicilia hubo seis virreyes desde 1598 a 1611, año en el que empieza su gobierno, y logra mantenerse un lustro, dotando de estabilidad a la estratégica isla. Bruno Pomara se centra, así, en el virreinato siciliano y su gobierno. Tenía el Gran Duque especial relación con la realidad italiana pues de pequeño estuvo en Nápoles acompañando a su abuelo, el I duque, que fue virrey entre 1582 y 1586.

Un amplio tercer bloque se ocupa de «la cultura de la guerra y de las artes de la paz» en don Pedro como virrey. Aborda Fernando Bouza la rica realidad cortesana de Nápoles en tiempos de Osuna, sus aspectos festejantes, sus *buffoni* y otros elementos, a través de los asientos de pagos del tesorero Igún de la Lana o Laña. Siguen a la de Bouza trece contribuciones, que no detallamos individualmente, pero entre las que destacamos la de Fernández-Cortés sobre la música en la cultura festiva napolitana de entonces, la de López Poza sobre el uso que hacía el duque de las relaciones de sucesos, la de Pastena sobre la tipografía palermitana de entonces o la de Rascaglia sobre Campanella y la Nápoles de Osuna.

El siguiente bloque, cuyo tema es la literatura y sus relaciones con la figura del duque, es igualmente amplio e incluye doce textos. Le da inicio una aproximación de Arredondo sobre las imágenes literarias que ofrecía la actuación ducal. Armenteros trata de Quevedo, -que no podía estar ausente en una obra de este aliento sobre Osuna-, y sus autógrafos. Por cierto, en la Real Biblioteca se halla un ejemplar perteneciente a su biblioteca, con su firma al pie de la portada [I/D/40, Vasconcellos, Antonio, *Anacephalaeosis*, Amberes, 1621], que se recoge en nuestra base de datos de exlibris. En este bloque vuelve a estar presente Quevedo, con un par de aproximaciones generales y una específica sobre don Francisco y Osuna, a cargo de Vaíllo. Destacamos además el texto de Giuseppe Mazzochi, que analiza la biografía de Leti; también la contribución de Morabito, que trata de las citadas *Mocedades* de Monroy, y el de Maria Grazia Profeti, sobre las menciones al duque en obras de Lope de Vega. Por último, fuera del bloque, Alma Serena Lucianelli glosa la exposición *Scrittura e stampa a Napoli ai tempi di Pedro Téllez-Girón*, que tuvo lugar en la Biblioteca Nazionale di Napoli entre el 8 y el 18 de octubre de 2010.

A pesar del alto número de aportaciones tal vez se eche en falta alguna materia no tratada. En lo político, está ausente la conjura veneciana y también hubiese sido interesante algún otro acercamiento al paso de don Pedro por los Países Bajos, cuando se forja la leyenda militar de Osuna, pero época en la que mantuvo una fluctuante relación con el Archiduque Alberto digna de análisis. Por otra parte, cuando está tan presente la perspectiva culturalista, se hubiera agradecido un texto sobre la formación en letras del duque, tan sólida aunque oscurecida por sus glorias militares. Sus jugosos memoriales tenían con frecuencia una base intelectual de concepto que venía dada por su rica biblioteca y el uso que hacía de ella. Estudió en Salamanca y tuvo en su adolescencia a un hábil preceptor, Andrea Savone, que le enseñó bien diversas disciplinas relevantes, además del italiano y del latín. De ambas lenguas consta que tenía altísimo dominio, como demostró en el gobierno virreinal y en el viaje a Inglaterra en 1604 para acompañar a su tío, el Condestable. Se sabe que Jacobo I quedó encantado de su conversar latino, cimentado en esas lecturas adolescentes de Erasmo y de otros grandes humanistas. Este perfil intelectual ha quedado postergado tal vez con demasiada frecuencia, víctima del dominio de su imagen de hombre de acción. No obstante, el presente volumen tiene peso historiográfico y sin duda es ya una referencia ineludible para los que, años adelante, quieran asomarse al eficaz y orgulloso III Duque de Osuna.

La Real Biblioteca, que cuenta como se sabe entre sus fondos con el amplio epistolario del I Conde de Gondomar, embajador de Su Majestad Católica ante Jacobo I de Inglaterra y estricto coetáneo de don Pedro, posee lógicamente muchas menciones y documentos del duque en dicho fondo epistolográfico. Destacamos únicamente tres: la carta autógrafa de Quevedo de 1619 sobre dinero que iba a enviar el duque a Nápoles [II/4038, doc. 10], editada en *Avisos* [núm. 22, julio-septiembre de 2000]; la carta del cardenal de Borja y Velasco de mayo de 1617 a Gondomar sobre el temor de los venecianos a la flota de Osuna [II/2161, doc. 35] y una copia impresa del memorial que el propio don Pedro entregó a Su Majestad en Lisboa, en julio de 1619, sobre su gobierno en Sicilia [III/6464, doc. 2].

El 28 de marzo de 1620, don Pedro Tellez Girón dejaba el virreinato napolitano y se daba paso a su caída, potenciada por parte de la propia nobleza napolitana -menoscabada por el duque en sus intereses-, y por el ascenso de Baltasar de Zúñiga y de su sobrino Olivares. Unos y otros lograron que el inefable Quevedo pudiera escribir el célebre verso «diéronle muerte y cárcel las Españas». Era el año de 1624.

EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI  
GRAMÁTICAS Y VOCABULARIOS GRIEGOS EN LA CASA DEL SOL

En 1599 la librería de don Diego ya era más que una incipiente biblioteca, y al margen de lo que vendría después, que fue mucho, su contenido revela una inclinación preferente por la historia y los papeles de índole memorialista [cfr. RB II/2222, fols. 112r-133v]. Dentro de lo que hoy entendemos ampliamente por literatura, las preferencias de Gondomar eran entonces más poéticas que narrativas –si bien no andaba escaso de caballería impresa– y la lengua que predomina absolutamente, en todas las materias, es el castellano. La nómina de autores clásicos ya era relevante –Plauto, Terencio, Livio, Lucano, Salustio, César, Cicerón, Virgilio, Séneca, Tácito, Curcio Rufo, Solino, Eutropio, Aristóteles, Plutarco, Apuleyo, Esopo y Jenofonte–, pero a ninguno los leyó en su lengua original, sino en traducciones españolas. A punto de trasladarse a Valladolid, en 1600, no hay entre los libros de nuestro hombre de estado gramáticas ni vocabularios para aprender otras lenguas, salvo el toscano de Cristóbal de las Casas. La presencia de este libro, entonces singular en la casa del Sol, cabe vincularla al menos con tres posibilidades: una insegura estancia juvenil de don Diego en Italia; la traducción de los sermones de Cornelio Musso que él auspició y cuya versión manuscrita aparece entre los libros «de cuarto pliego» [II/2222, fol. 121r], y una posible herencia libraria de su suegro don Lope de Acuña, hombre de cierta cultura y notable militar en el Milanésado. Aparte de este incipiente interés por la lengua de Italia, cabe mencionar en el inventario que puede fecharse en torno a 1599, un «Arte en lengua española para aprender la lengua árabe» [II/2222, fol. 127r], posiblemente el *Arte* de Pedro de Alcalá (Granada, Juan Varela de Salamanca, 1505; RB I/B/123, con signatura antigua de la casa del Sol).

Nada hay de extraño en esta escasez de métodos para aprender otras lenguas en la librería de un noble español a punto de entrar en el siglo XVII, pero, a la vista del volumen de gramáticas y vocabularios en las principales lenguas vivas europeas que acabaría reuniendo –y considérese el latín como lengua de pleno uso en el terreno diplomático–, podemos suponer sin demasiado riesgo que los intereses lingüísticos de Gondomar vinieron derivados de su nombramiento como embajador en Londres, a partir de 1613, antes que de su formación cultural o de una tradición humanista familiar.

Especialmente revelador en lo que respecta a la generosa colección de gramáticas y diccionarios en todas las lenguas que reunió Gondomar, es la presencia de una más que nutrida sección de manuales griegos en la primera sala de su librería. Entre lexicones y gramáticas en esa lengua, don Diego llegó a reunir veintinueve títulos en 1623. Cuando se compara este grado de especialización filológica en su biblioteca con el que ofrecen otras librerías nobiliarias contemporáneas, la diferencia es insalvable. Baste con decir que la mayoría carecen incluso de una sección «gramatical» dedicada no ya al griego sino al latín [cfr. Hernández González 1998]. Pero aún resulta mayor la anomalía cuando se enfrenta la colección de vocabularios y gramáticas en griego de nuestro embajador con la reunida por un filólogo profesional, como es el caso del maestro Pedro Simón Abril [Rojo Vega 2002]. Quien fuera traductor de Aristóteles y Aristófanes, de Eurípides y Platón, editor de Esopo y autor de una indispensable *Gramática griega escrita en lengua castellana* (1586), texto fundamental en nuestras universidades humanistas, tuvo menos vocabularios, ortografías y gramáticas griegas que el embajador de Felipe III en Londres. Coincidieron ambos en haber adquirido los *Comentarios sobre la lengua griega* de Budé [vide infra, 2], el *Lexicon* de Favorino [8], el *Diccionario* de Suidas [10], la *Gramática* de Clenard [22], la de Urbano [16], la de Vergara [19], la de Chrysoloras [21], la de Gaza, [17] y el *De verbis anomalis* de Morel [20]. A favor de la sección de lingüística griega de Pedro Simón Abril, están los nombres de Henri Estienne y su *Glossario duo*, el *De elocutione Graece* de Demetrio Falereo y las aportaciones de Juan Lorenzo Palmireno, Láscaris y Diego de Ledesma, ausentes en la casa del Sol. Digamos que don Diego tuvo un ejemplar de la edición de Pedro Madrigal de la *Gramática griega* de Simón Abril [27] y hasta dos de la de Francisco de Vergara [19 y 29].

De la extraordinaria abundancia de tratados sobre la lengua griega en la librería de Gondomar no debe inferirse un interés filológico por tal materia, como tampoco cabe hacerlo por las obras reunidas bajo el encabezamiento de «Vocabularios y gramáticas» en lenguas más cercanas al embajador, tales como el francés, el italiano o el inglés. Aspectos del debate renacentista europeo en torno a la cuestión de la lengua no guiaron los intereses coleccionistas de un Gondomar que, muy proclive a la disputa de la precedencia política y la antigüedad de las monarquías, no sintió la misma urgencia a la hora de reunir fuentes sobre la supuesta ventaja de unas lenguas sobre otras. La cuestión de la defensa de las lenguas vernáculas iniciada con el *De vulgari eloquentia* de Dante (1529) no está representada en la biblioteca de Gondomar, entre otras razones porque no fue un humanista, sino un hombre de estado con inquietudes culturales por determinados temas más emparentados con la genealogía y la historia que con la excelencia literaria.

La percepción de la relevancia retórica del vulgar está en sintonía con los cambios de la consideración estilística y científica del castellano y con la tardía cuestión lingüística en España, que, a su vez, propició la aparición de numerosas retóricas en romance desde finales del siglo XVI. Pero esta inquietud raramente será una incumbencia de la bibliofilia nobiliaria y puede verse su reflejo –su falta de reflejo, vale decir– en otra librería que resulta cercana tanto en tiempo como en afinidad a la de Gondomar, la de don Alonso Osorio, marqués de Astorga [cfr. Cátedra 2002, y a este respecto especialmente págs. 201-204]. Por tanto, las defensas sobre el prestigio nacional basado en cuestiones de antigüedad de linajes y monarquías –de historia, en una palabra–, hallaron en la biblioteca de Gondomar más argumentos librarios sobre los que fundarse que la precedencia del castellano como lengua sobre

las demás, una razón complementaria de la historia pero que no fue considerada por el bibliófilo a la hora de juntar bibliografía. Y así como abundan entre sus libros las diversas historias nacionales europeas, son ausencias evidentes las ilustraciones lingüísticas de la misma idea. En la casa del Sol no entraron las defensas del francés de Du Bellay (1549) y Henry Estienne (1579), ni el *Louvor* de Barros (1540), a pesar del aprecio de don Diego por la lengua portuguesa, ni la *Excellency of the English Tongue* de Carew (1615), publicada durante su primera embajada en Londres y, lo más llamativo, falta la aportación nacional al debate ofrecida por Martín de Viciano en sus *Alabanzas de la lengua castellana* (1574). Pero no veamos más de lo que hay. A Gondomar le bastaba con colmar sus necesidades como representante político de España en una monarquía extranjera, no como gramático de lengua española. Por supuesto que el embajador no era ignorante de las reglas gramaticales ni de las posibilidades retóricas a la hora de componer un discurso, de dictar un memorial o de escribir una epístola, pero para volcar las bondades del *ars dictaminis* y de la elocuencia de los modelos clásicos por escrito, podía valerse de su propia lengua y recurrir al trabajo de los traductores de la embajada. Sabemos que lo hizo así en casos de particular importancia, y para transmitir sin equívocos sus pretensiones más arriesgadas recurrió a Francis Fowler, uno de los secretarios de lenguas al servicio de la embajada española.

Cuando en 1623 Henry Taylor completa el índice de la librería de Gondomar, las cuestiones de retórica y *elegancias* de las lenguas romances, particularmente del castellano y del francés, conforman secciones que parecen poco conscientes de su materia dado el encabezamiento: «libros de diferentes ciencias y otras cosas varias». Ocurre en menor medida con el portugués —donde son menos los libros— y el italiano; no existe una sección semejante para el inglés, cuyos fondos de contenido lingüístico se organizan bajo la categoría de «vocabularios», sin más. Pero incluso aquí, al margen de los diccionarios y de las gramáticas, bajo estas «ciencias y cosas varias» aplicadas a recoger libros sobre el buen uso de otras lenguas, se hallan títulos más emparentados con un interés práctico por manejarse como usuario de frases hechas, sentencias ilustres y refranes traídos para adornar el discurso, que con verdaderos tratados de retórica. Cuando en el índice de 1623 se compara la indefinición temática dada a esta preceptiva entre las lenguas vulgares frente a lo que ocurre con la tratadística equivalente para la lengua latina, quizá no estemos haciendo más que constatar el peso de una tradición escolar que se remonta a las palestras de los viejos *grammatici*. Si Taylor no halló una materia precisa para sujetar al *Thrésor* de Meurier o al de Racconnet, ni acomodo inequívoco para la *Ortografía* de López de Velasco o las *Reglas gramaticales* de Antonio del Corro, no pareció vacilar a la hora de acoger *orationes, commentarii, paraphrasis, progymnasmata y sententiae*, ya fueran de Cicerón, de Quintiliano, de Erasmo o de Nebrija, bajo un seguro encabezamiento de «libros de Retórica y de la elocuencia latina». Es evidente que la lengua de redacción de estos tratados los discrimina frente a las producciones en lengua vulgar y a las obras plurilingües, como las gramáticas de lenguas vivas y los diccionarios en varios idiomas. Pero hay, creo, algo más: el hecho de que las aportaciones filológicas de los humanistas escritas en latín compartan sección con las propias retóricas de los autores clásicos y sus discursos, parece indicar una consideración distinta y más prestigiosa de estas producciones. La existencia de una tradición propedéutica ya asumida en torno a las disciplinas clásicas de la lengua permitía ordenarlas con menos vacilaciones, digamos, que las gramáticas en vulgar y los métodos para aprender idiomas.

La excepcional presencia de veintinueve obras gramaticales griegas entre los libros de Gondomar tal vez obedezca a razones más peregrinas y menos conscientes de las que explican la presencia de libros equivalentes en latín. No debiéramos descartar la posibilidad de alguna almoneda en el origen de este fondo, ni los oficios de su hermano don García, colegial en Salamanca. Lo poco que sabemos de los estudios de don Diego no permite postular que el griego fuera uno de los pilares de su formación. Insólito habría sido entre los de su clase semejante conocimiento. En todo caso, sus necesidades como embajador en Londres durante las primeras décadas del siglo XVII no hacían necesario ese grado de erudición ni esa librería especializada, rara incluso entre los humanistas españoles dedicados a traducir y enseñar griego en las universidades. No olvidemos tampoco que la bibliofilia de don Diego halló una manera de crecer, acaso por donde nunca había previsto, a raíz de su condición de residente fuera de España, una circunstancia que se perfecciona con la red de relaciones internacionales que estableció en plazas europeas bien servidas por la imprenta. Y una última razón para rebajar la anomalía: la división de saberes que gobierna el buen orden de sus libros, la cual tiende a repetir las mismas materias en cada lengua, y el recurso a dos bibliotecarios cultos para organizar la librería, puede haber influido en la adquisición de determinados títulos para acrecentar secciones concretas. Al menos Eussem y Taylor se habían atrevido más de una vez a sugerir a su señor compras precisas y búsquedas de obras [BN MSS 18430 (4), carta 8; RB II/2134, cartas 94, 101 y II/2159, cartas 1, 59]. Quiero pensar que esas sugerencias, en casos tan especializados como la gramática griega, derivaban menos del azar que de un afán por vestir adecuadamente el contenido de una materia bien asentada por la tradición filológica escolar. Al menos las antiguas firmas conservadas en los libros nos permiten saber que la ilustración de esa herencia cultural tenía un sitio reservado en diversos cajones de la primera sala de la librería.

#### VOCABULARIOS Y GRAMÁTICAS EN GRIEGO (BN MSS 13593, fol. 12r-13r)

Se menciona ejemplar cuando lo hay en la Real Biblioteca, aunque la evidencia de que fuera de don Diego no sea absoluta en todos los casos. Siempre que se haya conservado, se transcribe la antigua signatura del ejemplar en la casa del Sol.

[1] *Etymologicum magnum. Graece solum*. F.º 1499 = *Etymologikon mega kata alphabeton, pany ophelimon...*, Venecia: Zacharias Kallierges para Nicolaus Blastus y Ana Notaras, 8 de julio, 1499.—RB I/2, I/3, I/4. El ejemplar con signatura I/3 perteneció al comendador Hernán Núñez de Guzmán («el Pinciano»).

- [2] Guilielmi Budeaei, *Commentarii linguae graecae et alia opera*. F°. 2 volum. Parisiis, 1548 = Parisiis: Ex officina R. Stephani, 1548. No hay ejemplar de esta segunda edición de los *Commentarii* en la RB. Gondomar tuvo también la primera: [Parisiis]: venundantur Iodoco Badio Ascensio..., 1529.—RB IV/1616. Olim: Gondomar, «Sal. 1<sup>a</sup>, Est. 1, Cax. 5<sup>o</sup>».
- [3] Joannis Scapulae, *Lexicon graecolatinum novum*. F°. Basileae, 1600 = Basileae: per Sebastianum Henricpetri, 1600.
- [4] Jacobi Tusani, *Lexicon graecolatinum*. F°. 2 volum. Parisiis, 1552 = Jacques Tousain, *Lexicon graecolatinum ingenti vocum accessione Iacobi Tusani... locupletatum...*, Parisiis: apud Carolam Guillard viduam Claudii Cheuallonii..., 1552.—RB IV/1618 y XIV/2.
- [5] Julii Pollucis, *Vocabularium*. F°. Florentiae, 1521 = Julius Pollux, *Onomastikon* = Iulii Pollucis *Vocabularium* / [Antonius Francinus], Florenti[a]: apud Bernardum Iuntam, 1520.—RB VIII/1286 (1).
- [6] Hesychii, *Dictionarium*. F°. Graece tantum. Venetiis, 1514 = Hesiquio de Alejandría, *Lexikon* = Hesychii *Dictionarium*, Venetiis in aedibus Aldi & Andreae Soceri, 1514.
- [7] *Lexicon Graecolatinum*. F°. Basileae, 1554 = *Lexicon Graecolatinum: postremo nunc supra omnes omnium hactenus accessiones...*, Basileae: [Hieronymus Curio], 1554 (ex officina Hieronymi Curionis, impensis Henrichi Petri), 1554.—RB IX/6099.— Ex libris ms. en h. de guarda: «Hic libri emptus sunt ante indicis editione: deleta sunt in noie... 11 aprilis 1559. J. Miron». «Este libro es del señor Don Juan Pinel, my tío. F. Thomas Pinel» y «Ioannes Caldera». An. ms. en h. de guarda: «531».—Olim: Gondomar, «Sal. 1<sup>a</sup>, Est. 1, Cax. 6<sup>o</sup>».
- [8] Varini Favorini Camentis, *Graecum dictionarium*. F°. Basileae, 1538 = Guarino Favorino, *Lexikon Barinou Phaborinou Kamertos tou tes Noukairias Episkopou, to mega kai pany ophelimon, ek pollon kai diaphoron biblion, hapases tes Hellenikes phones hypomnema... = Dictionarium Varini Phaurini... multis ex autoribus collectum, totius linguae Graecae commentarius...*, Basileae: Roberto Cheimerino, 1538 (1541).—RB VIII/949.
- [9] Joannis Bentzii, *Thesaurus Graecolatinus*. F°. Argentinae, 1594 = Johann Bentz, *Thesaurus pure loquendi et scribendi, Graecolatinus novus...*, Argentinae: Zetzner, 1594.
- [10] *Dictionarium et alia opera Suidae*. Graece tantum. F°. Venetiis, 1514 = Suidas, *To men paron biblion, Souida, oi de syntaxamenoí touto, andres sophoi*, Venetiis: [Aldus M. R.], 1514 (in aedibus Aldi, et Andreae Soceri).—RB I/E/2.
- [11] *Lexicon Graecolatinum*. 4°. Antuerpiae, 1539 = *Lexicon Graecolatinum: post Vualderi & caetera omnia in hu[n]c vsq[ue] die[m] vbiuis gentiu[m] edita...*, Antuerpiae: apud Ioannem Gymnicum, sub insigni Fuscae Barbae, 1539.
- [12] *Lexicon Graecolatinum*. 4°. Parisiis, 1524.
- [13] *Dictionarium Graecolatinum*. 4°. Parisiis, 1554.
- [14] Sanctis Pagnini, *Isagoge ad linguam Graecam*. 4°. Auenioni, 1525. = Sante Pagnini (O. P.), *Habes candide lector duos tomos isagogae ad lingua[m] graeca[m] capessenda[m] septe[m] c[on]tine[n]tes libros...*, Auenioni: per Joannem de channey, 1525.—RB VIII/7990-7991.
- [15] Aldi Manutii, *Grammaticae institutiones Graecae*. 4°. Venetiis, 1515 = Venetiis...: In aedibus Aldi, et Andreae Soceri, 1515.
- [16] Urbani Bellunensis, *Grammatica Graeca*. F°. Parisiis, 1543 = Urbano Bolzanio (O.F.M.), *Urbani Bellunensis, olim D. Francisci Familiae, Institutionum in linguam Graecam grammaticarum libri duo...*, Parisiis: apud Christianum Wechelum..., 1543.—RB X/806.— Ex libris ms. en portada: «Del maestro Toro».
- [17] Theodori Gazae, *Grammatica Graeca*. Graecolatina. 4°. Basileae, 1529 = Theodorus Gaza, *Introductionis grammaticae libri quatuor...*, Basileae: apud Valentinum Curionem, 1529.
- [18] *Variorum tractatus de lingua Graeca eiusque costructione que Graecolatine*. 4°. Compluti = Probablemente: Manuel Chrysoloras, *Erotemata* [etc.], In Compluti Academia: ab Arnaldo Guillelmo Brocario, 1514.—RB I/C/69.
- [19] Francisci Vergarae, *De Graecae linguae Grammatica libri 5*. 4° = Francisco de Vergara, *De graecae linguae grammatica libri quinque...*, Compluti: apud Michaellem de Eguia, 1537.
- [20] *De verbis anomalis libri 2*. 8°. Parisiis, 1553 = Guillaume Morel, *De verbis anomalis libri II*, Parisiis: apud Guil. Morelium, 1553.—RB IX/6324 (1).
- [21] Chrysolorae *Grammatica Graeca*. 8°, Parisiis = Manuel Chrysoloras, [*Erotemata*], Vaenundantur Parrhisiis: ab Egidio Gormo[n]tio..., [ca. 1511].—RB IX/7080.
- [22] Nicolai Elenardi, *Institutiones in linguam Graecam*. 8°. Lugduni, 1564 = Nicolaus Clenardus, *Institutiones absolutissimae in graecam linguam, item Annotationes in Nominum, Verborumque difficultates...*, Lugduni: apud Antonium Gryphium, 1564.—RB III/3885 (1).
- [23] Demetrii Chalcondyli, *Erotemata de octo orationis partibus*. Graece tantum. 8°. Basileae, 1546 = Demetrius Chalcondylas,

- [*Erotemata*], Basileae: [s. n.], 1546.—RB IX/8580.
- [24] Jacobi Gretseri, *Institutionum linguae Graecae*, 3 partes. 8°. 3 volum. Moguntiae, 1606 = Jacob Gretser (S. I.), *Institutionum linguae graecae liber primus...: de octo partibus orationis pro Schola syntaxeos: cum indice graecolatino*, Moguntiae: ex typographico Balthasaris Lippii, 1606.—RB XIV/1642.
- [25] Francisci Sanctii, *Grammatica Graeca*. 8°. Salmanticae, 1592 = Francisco Sánchez de las Brozas, *Grammatica Graeca...*, Salmanticae: ex officina Petri Lassi, 1592.—RB VIII/3682.—Olim: Gondomar, «Sal. 1°, Est. 1, Cax. 1°».
- [26] Joannis Posselii, *Familiarum colloquiorum libellus Graecolatinus*. 8°. Witebergae, 1606 = Iohannes Posselius, *Oikeion dialogoon biblion elleenisti kai romaisti = Familiarum colloquiorum libellus graecè & latinè...; accessit & utilis Dialogus...*, Witebergae: typis Cratonianis, per Ioh. Gorman: impensis Zach. Schureri & ejus Soc., 1606.—RB PAS/ARM1/283.—Olim: Gondomar, «Sal 1°, Est. 1, Cax. 1°».
- [27] Pedro Simón Abril, *La Grammatica griega escrita en lengua castellana*. 8°. Madrid, 1587 = *La gramatica Griega escrita en lengua Castellana...*, Madrid: por Pedro Madrigal, 1587.—RB X/1693.—Olim: Gondomar, «Sal. 1°, Est. 4, Cax. 3°».
- [28] *Erotemata Chrysolorae de anomalis verbis*, etc. 8°. Venetiis, 1517 = Manuel Chrysoloras, [*Erotemata*], Venetiis: in aedibus Aldi et Andreae Soceri, 1517.—RB VIII/967.
- [29] Francisci Vergarae, *Institutionum Graecarum libri 5*. 8°. Parisiis, 1550 = Francisco Vergara, *De omnibus graecae linguae Grammaticae partibus, libri quinque...*, Parisiis: apud Ioannem Roigny..., 1550.—RB III/6972.

#### REFERENCIAS:

CATEDRA, Pedro M., *Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso Osorio, marqués de Astorga*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002.

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M<sup>a</sup>. Isabel, «Suma de inventario de bibliotecas del siglo XVI (1501-1560)», en *El Libro Antiguo Español IV, Coleccionismo y bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, Salamanca, Universidad, Patrimonio Nacional, Sociedad Española de Historia del Libro, 1998, págs. 375-446.

ROJO VEGA, Anastasio, «La biblioteca del maestro Pedro Simón Abril», en *El Libro Antiguo Español VI, De libros, librerías, imprentas y lectores*, Salamanca, Universidad, SEMYR, 2002, págs. 365-388.

#### SURCOS

Pablo ANDRÉS ESCAPA

«La herida no tiene remedio».

En la duermevela volvían las palabras a ofender la memoria de Samuel, como una letanía de fatalidad. Y como él se quedara pasmado por la noticia, confundido ante el riesgo de perder aquel animal casi tan viejo como su arado, que es como decir tan viejo como el alma de quien vive de hacerle surcos a la tierra, la voz que había sembrado la calamidad volvía más piadosamente para reconciliarse con la desgracia: «consuélate pensando que tuviste un buey hermoso muchos años».

Samuel no se lo explicaba. Cómo aquel corte tan pequeño con una teja podía acabar con la vida de quien era capaz de arrastrar el mundo tras su paso. Un trozo de teja antigua pisada al azar, abriendo la tierra. Pero lo cierto es que de nada habían servido los emplastos de mostaza, ni el saúco, ni la ceniza del sarmiento derramada sobre una llaga siempre atenta a resucitar. El buey se dejaba hacer, paciente en la desgracia y manso en la rebelión contra una nube de moscas que se cebaban en la herida. Samuel recordaba el latido de aquel asedio minúsculo y bullicioso: febriles sobre la costra renovada de cada cura, las moscas le parecían clavos azules hurgando en el dolor. El único consuelo, ya se lo habían dicho, era hacer memoria de los trabajos y los días compartidos con un animal tan hermoso: el sudor derramado en compañía y la fiesta de la charca al oscurecer, el alivio del agua y el dulzor de los higos abiertos al amparo de los cedros, el blandísimo recostadero de aquel buey sobre cuyo vientre apoyaba él la cabeza para celebrar el fin de las fatigas, el viñedo sobre el mar lejano, admirado en la culminación de la cuesta, el remate de otra jornada de sol levantado y puesto entre los cuernos rectores de aquel animal que lo llevaba a él igual que al astro, como a una caricia sin peso sobre la reja del arado. Grave en medio del campo, gobernado por su mano, el buey replegaba todo el paisaje tras su lentitud. Y bastaba una voz para abrir surcos que parecían arrastrar a la creación con sus nubes y sus mares y sus caminos y sus árboles de pájaros. ¿No iba a tener remedio aquella herida tan pequeña en quien tanto podía?

Samuel volvía a cerrar los ojos. Entonces, en una tregua de presentimientos sombríos, se hacía más notable la ventura de la brasa en el hogar templando el hielo de la noche. Pero también aquel alivio acababa enfrentándolo al buey: la lumbre respiraba un olor dulce de boñiga y pajas que ponía bajo las estrellas un humo blanco, acaso anuncio de un sacrificio forzoso. Pero no quería pensar eso. ¿Cómo iba él a desprenderse de un animal al que debía hasta el alma de las llamas? Y vuelta a la esperanza que aplazaba la hoja del cuchillo hendiendo un corazón más grande que la tierra. De peores males había visto salir a su buey, sin ir más lejos la última otoñada, cuando la fiebre lo dejó postrado en el establo. Aun enfermo, su respiración de coloso llenaba el espacio como una

incontenible reclamación a la vida. Tres días con sus noches se agitó el buey en aquella hondura que su sola presencia lograba entibiar. De madrugada, Samuel entraba despacio y le ponía una mano temblorosa sobre la testuz abatida. Entonces le inundaba un ardor que casi dolía en cada poro. Retiraba la palma y el animal sacudía la cabeza bruscamente, como reclamando la prolongación de la caricia. Samuel volvía así a poner su mano sobre aquella frente en la que ardían dos brasas torturadas en busca de consuelo. Y la dejaba allí, muy abierta, como si el contacto de los dedos bastase a distraer los caminos del dolor por muchos rumbos que fueran a perderlo en todas direcciones. Así había dominado la fiebre, a fuerza de trato y también de parlamentos mimosos afianzados en la penumbra del establo. Hubo, por fin, una mañana en la que al contacto de la mano, aquel animal se alzó con el sueño parsimonioso del que solo los bueyes saben despertar. Y volvió al oficio de la luz, a la costumbre del cencerro y el varal de olivo, al grito del hombre y al agua derramada de las norias. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Mas lo cierto es que la pata estaba muy hinchada y el buey ya no podía andar. Viéndolo tumbado en el establo, hundido por un peso de siglos del que solo despuntarían dos cuernos torcidos, parecía una criatura nacida para soportar una tristeza incalculable.

Samuel se agitaba en su lecho. Si se lo proponía, era capaz de oír la respiración del buey y hasta de sentir como propio aquel reguero de dolor que había brotado de la tierra para dejar una herida ardiente en su animal. El tormento parecía haberse contagiado a la noche. El horizonte ocultaba una agitación de llamas que ponía un raro incendio entre las nubes. Era posible ver la luz desde la cama y a Samuel le pareció que el cielo replicaba sobre su llanura sin fondo la llaga abierta que padecía el buey. No era delirio aquella impresión. Vio Samuel a la mujer que yacía a su lado y cómo se incorporaba ella para que en sus ojos brillara también el mismo resplandor que rasgaba el cielo.

Bajó Samuel inquieto a la cuadra, a ver al animal. Y no tardaron en llegar desde allí abajo las alarmas, que fueron precipitándose a la casa. Entraba él agitado, casi torpe en el avance con la vela apagada por la carrera, pero seguro en el anuncio: el buey no estaba. La única huella de su presencia era el jirón de tela con que él había cubierto la herida. Se vistió de prisa y sembrando palabras atropelladas que no acertaban a explicarse la ausencia del animal. De pronto habló con ira de envidias observadas y de sospechas que pintaban a vecinos demasiado amigos de lo ajeno. ¿No habían sido precisamente Efraín y su suegro Zacarías quienes sentenciaron al buey cuando aún se tenía cojeando? ¿Sería posible que cuando lo dijeron pensaran ya en robárselo? ¿Se creían que con decir que aquel corte era mortal iba él a sentir menos la falta del buey antes de tiempo? De pie, junto al lecho, la mujer ponía la cordura que le faltaba a Samuel en aquella angustia. ¿Quién se iba a llevar un animal que no era capaz de levantarse? ¿Y dónde ocultarlo, como si fuera un ratón o un puñado de grano que se pierde por una rendija? Pero Samuel no atendía. Corrió a despertar al hijo para que le ayudara en la búsqueda: unos ojos jóvenes verían mejor los rastros en la oscuridad. «Sobre todo si son más inocentes que los tuyos», oyó decir a aquella mujer que lo dejaba aventurarse en las intrigas de la noche sin una bendición siquiera.

El hijo de Samuel forzaba el paso tras su padre. No entendía qué debía reconocer él sobre el polvo de los linderos, qué secretos había que leer en una pezuña marcada en una orilla, ni qué señales buscaba ansioso el hombre palpando la tierra, oliéndola en la mano y escrutando las alturas. Iba el padre de mal humor, apretando el dogal entre los puños mientras respiraba maldiciones contra su suerte. De vez en cuando volvía la cabeza para reñir al niño que lo seguía con sueño. Dominado por urgencias que le llevaban a hablar solo y a dar órdenes confusas, lo empujó más de una vez, hasta que al muchacho se le saltaron las lágrimas. El hombre se detuvo entonces, con fiebre en la mirada, para gritarle al niño que regresara con su madre.

Pronto se olvidaron los pasos de reconocer señales seguras y ya se gobernaban por sospechas. La casa de Efraín, en la distancia que revelaban confusamente las estrellas, parecía tener la puerta del patio sin cerrar, como si aquel margen de sombra más oscura que la noche fuera una confirmación del recelo y la extrañeza. Corría Samuel a escrutar las honduras que debían ocultar al buey robado cuando el propio Efraín, surgido de otra sombra, tropezó con él. Ni siquiera le dio tiempo a Samuel a decir una palabra porque todas eran del aparecido, que hablaba lleno de sofoco. ¿Iba también él a ver aquel fuego que llenaba la noche? ¿También a él le habían despertado voces que anunciaban una centella nunca vista, más allá de las majadas? ¿Cómo es que llevaba él contrario el rumbo? ¿No veía lo que enseñaba el cielo a sus espaldas? Samuel se volvió y de nuevo recuperaron los ojos el desgarro del firmamento, que era ya un surco de fulgores amarillos, una siembra de luces que partía la noche en dos mitades. Pensó en un soberbio arado celestial que rompía el cielo por sus lindes. Efraín no podía estarse quieto bajo aquel fulgor que quemaba la noche. Tuvo que apartar a Samuel para abrirse paso, que todo eran estorbos de aquel hombre que le cerraba el camino empeñado en malicias y preguntas. Qué buey podía haber visto él cruzando el campo si no había ojos que atendieran a otra cosa que al misterio de aquel cielo. Era como si un ángel hubiera pasado con la espada en alto, cuidando de dejar obra luminosa por la punta. Y no había más que ver aquella noche.

Se perdió Efraín corriendo fuera del camino y verlo alejarse así, entre gritos alborozados, apartando ramas y escobas invisibles, como un loco que braceara en medio de la noche, hacía mayor el aturdimiento de Samuel, inmóvil bajo las estrellas. Notó entonces que le tiraban de la manga y reconoció al hijo, callado junto a él. El niño buscaba la mano de su padre y miraba al horizonte. Recortados contra el cielo, corrían otros hombres en un mismo extravío que abandonaba voces y balidos a la hoguera de la noche.

También Samuel y su hijo acabaron bajo el fulgor que gobernaba todos los rumbos, cielo adelante. Seguía el hombre el surco abierto en las alturas para orientar sus pasos, como había hecho siempre bajo el sol que su buey llevaba entre los cuernos. Y dieron así con el día, porque mañana recién hecha les pareció la luz que hería una ruina mal acomodada de adobe, cubierta por un tinglado de palos torcidos. Bajo tan pobre amparo morían las ansiedades de la noche, que allí se respiraba una paz nueva de pasos

por fin colmados y de resplandores en los ojos. Y tanto era el inexplicable júbilo y tan secreto, que las rodillas buscaban la tierra para serenarse y las cabezas se inclinaban para recoger aquel misterio de un hombre, una mujer y un niño que dormía entre los dos poniendo un sueño leve sobre las vueltas que daba el mundo.

Samuel se había quedado inmóvil, como los demás congregados que venían a prolongar el sosiego de una noche nueva, sumida en oficios de contemplar y en honras de silencio. Y perdido estaba en aquel recreo que le había descuidado de todo cuanto no fuera admirarse viendo cómo dormía un niño, cuando un sobresalto le hizo despertar: su hijo saltaba sobre el recién nacido para ir a abrazarse a un buey. No podía el niño callar la alegría del hallazgo y Samuel contemplaba incrédulo al animal, de pronto inmenso en aquel espacio tan pequeño. ¿Cómo no lo había visto antes? Vacilaba en levantarse para apreciar de cerca los signos del prodigio, el milagro de la herida ausente, cuya huella aún creía ver y la tibieza inconfundible de aquel aliento que le alcanzaba en la distancia. Pero solo acertaba a tender la mano, incapaz de sujetar el bullicio infantil en recinto tan respetuoso con aquella familia que parecía sagrado.

La alegría del hijo acariciando al buey lo llenaba todo, como antes lo hiciera el sueño del recién nacido. Temía Samuel que tanto alboroto acabara con aquella siesta tan frágil entre pajas, pero también a él le costaba contener el júbilo. En la contemplación del muchacho abrazado al animal, reconocía Samuel una ventura casi olvidada que tenía por centro aquellos mismos ojos infantiles columpiándose en la cara, la gloria de su hijo cuando, de muy niño, lo subía él sobre los hombros del buey para que viajara agarrado a los cuernos como quien se asoma a un balcón sobre el inmenso campo. Fue entonces cuando se hicieron ciertos los temores. Un llanto limpio rompió la helada como se rasga un paño. Era aquel niño apenas parido quien lloraba. Y lo hacía con tales ganas que sus lágrimas ahogaban la llama de los astros, porque todos vieron cómo crecían el frío y la tiniebla.

Lloraba el niño y no bastaban los brazos de su madre a calmar el desconsuelo. Pero ya Samuel se había puesto en pie para entrar con mucha resolución en la ruina de adobe. Miró a aquella señora que acunaba al niño y alguna confianza debió de notar en los ojos maternales porque se atrevió a pedirle el manto. Samuel se sacó el dogal de la cintura y de espaldas a todas las miradas, se arrojó junto al buey. El padre del recién nacido le veía hacer y atendía con respeto a una labor que no ofrecía vacilaciones. Se volvió Samuel despacio y se inclinó ante la mujer que abrazaba al niño. Tembloroso, tendió él los brazos.

—Señora, hágame la merced.

Samuel recogió al niño como quien recibe un tesoro y lo abriga contra el pecho, empeñado en protegerlo. Volvió a acercarse al buey y le acarició la frente antes de dejar a aquella criatura envuelta en un amparo tan acogedor que cesaron los llantos. Se apartó Samuel para que todos pudieran ver su obra: entre los cuernos del buey había atado el manto y con un oficio primoroso, que acaso creía ya perdido, había dejado al niño en aquel regazo aéreo que meció suavemente con la mano. El recién nacido dormía ahora sobre un cándido trono de mansedumbre que sabía soportar sin impacencias la gravedad de aquel sueño.

El hijo de Samuel miraba embobado el columpio salido de las manos de su padre. Parecía que los cuernos del buey hubieran ganado en rectitud, como dos surcos iguales que buscaran el cielo por las puntas. Se puso Samuel en pie y descansando una mano sobre el hombro del muchacho, que ya le llegaba al pecho, habló para la mujer que le había dado el manto llena de confianza.

—Así se dormía el mío, señora. Y mire ya dónde me llega.

CON LOS MEJORES DESEOS DE LA REAL BIBLIOTECA PARA 2013

